



Boletín Radar Septiembre 2009/2

Editorial

Ana Eugenia Viganó

Estimados lectores:

En esta nueva edición de Radar, ponemos a su disposición la segunda parte del texto "**La brecha del síntoma**" en el cual su autor, **Leonardo Gorostiza** (miembro de la **EOL** y presidente de la **AMP América**), nos orienta en la articulación del binario "síntoma y lazo social" que él mismo presenta de entrada como paradójico en tanto cada elemento remite a un registro diferente y cuya conjunción no sólo gramatical? cabe destacar aquí la precisión de que el lazo social es el síntoma, cuestión que permite a Jacques-Alain Miller plantear el sintagma partenaire-síntoma- amerita un detenido esfuerzo en la interrogación..

En nuestra sección **Formación de los analistas, política del psicoanálisis**, ponemos a consideración un texto breve pero muy preciso sobre el cartel como una de las formas privilegiadas de entrar a la escuela. "**La puerta del cartel**" de **Miquel Bassols**, nos propone uno de los modos en que el llamado "desde adentro" mismo es posible para los que quieren ingresar. Despertados, sacudidos de la alternativa "querer ser", "querer tener" en que se desenvuelven los recorridos de muchas demandas; y animados entonces por una alternativa diferente de acceso, - el acceso por la vía de un trabajo en transferencia-, el cartel en la puerta permite el tránsito desde la posición del "pedigüeño" que busca la iniciación en un saber que supone

allí, al que contribuye con su deseo de saber, su compromiso de trabajo y su interrogación responsable, a un nuevo lazo.

Como siempre, les auguramos una provechosa experiencia de lectura.

Ana Viganó
Moderador **Radar**

La brecha del síntoma

Leonardo Gorostiza

Segunda parte

Ahora bien, otro ángulo desde donde podríamos interrogar qué es lo que permite que del goce autista se pueda establecer un lazo con el Otro, es decir cuál es esa "brecha", sería tomando como referencia algunas clases de El Otro que no existe y sus comités de ética, por ejemplo el capítulo XVIII, "El campo pulsional". Hay allí una serie de indicaciones precisas. Por ejemplo cuando Miller señala que en el "cada uno para sí pulsional" no hay lugar para el "todos", que la horrible soledad del goce se evidencia en la dimensión autística del síntoma y que hay algo en el goce que se separa del campo del Otro siendo el fundamento de todo cinismo.[\[7\]](#)

Como ven aquí estamos nuevamente ante una oposición de exclusión entre el goce del Uno y el Otro. Por lo tanto, retorna la pregunta: ¿cómo es que de eso puede surgir el lazo con el Otro?

Es en ese punto cuando a mi entender Miller comienza a matizar esa oposición y a desplazarla un poco. Es cuando señala que "la disyunción entre las pulsiones y el Otro es la no relación sexual en tanto tal".[\[8\]](#)

Es decir, que lo imposible se sitúa en la disyunción que existe entre el goce autista del Uno y el Otro. Y agrega que esto "significa que la pulsión está programada, mientras que la relación sexual no lo está. Esta disyunción es coherente con que esta especie hable; el lenguaje se establece ¿usa aquí el mismo término- en esa brecha misma?"[\[9\]](#) Es decir que el lenguaje ¿como el discurso, puro montaje de semblantes- se establece en esa brecha que hay entre el goce autista y el Otro.

Y así, delicadamente, Miller comienza a cuestionar la idea de una total disyunción entre la pulsión y el Otro.

"¿Hasta dónde ¿se pregunta- podemos llevar la perspectiva del autismo del síntoma y el autoerotismo de la pulsión? (?) No podemos contentarnos con una disyunción total entre los dos campos porque lo que pasa en el campo del Otro incide en las condiciones del goce pulsional."[\[10\]](#) Y allí, apelando a la

construcción de la pulsión que Lacan hace en el Seminario 11, indica cómo algo del goce del Uno es atrapado en el Otro de la cultura.

Resumiendo, se trata de ver cómo en el movimiento circular de la pulsión que se efectúa sobre la intersección misma entre la pulsión y el Otro, se funda el lazo mismo.

Y para ello es necesario situar que si por un lado el objeto a es el objeto hecho de un vacío topológico que la pulsión rodea satisfaciéndose en ese mismo recorrido, por otro lado la pulsión debe pasar por el Otro para encontrar allí los semblantes, las encarnaciones del objeto, que le permitan realizar su circuito. Esa es la verdad de la castración: que para gozar hay que pasar por el Otro y cederle algo de goce.

Es en esa disyunción, pero al mismo tiempo lugar de articulación, que también se sitúa el síntoma, concebido ahora "como una prótesis, un aparato del plus de gozar".[\[11\]](#)

Pero si el síntoma es un aparato del plus de gozar y éste se inscribe en la intersección entre el goce del Uno y el Otro, vemos que allí ya se encuentra localizada una brecha en el goce autista ya que en esa intersección, o mejor dicho, en esa disyunción, se localiza ¿como dijimos antes- la no relación sexual en tanto tal. Más aún, podemos decir que allí donde la pulsión está programada y es puro logro, el síntoma, introduce la dimensión del fracaso, de lo que no anda, y así introduce esa brecha en el campo del goce.

Ahora bien, si el síntoma es "un aparato del plus de gozar", la pregunta que también debemos formularnos es de qué estatuto del síntoma estamos hablando. Decir que es un aparato del plus de gozar es hacerlo equivaler al lenguaje que, como tal, es un aparato de goce. Lo cual presupone ubicar así al síntoma del lado de una articulación, del lado de un discurso. Lo cual es congruente con que hablemos del "plus de gozar" que es uno de los elementos de los discursos.

La diferencia que se impone entonces elucidar es la que existe entre el síntoma y el sinthome y determinar si la brecha del síntoma corresponde o no a ambos estatutos del síntoma.

En su último curso, Miller señalaba que todo discurso ¿como el del amo, que es el del inconsciente- es una superestructura, una estructura que se sobre impone a elementos previos, a elementos absolutos (es decir no relativos, no

articulados) y contingentes.[12] Es allí que sitúa el sinthome como aquello ?en el caso de Joyce- que se inventa en lugar del inconsciente (como discurso).

El sinthome es así una invención ante el encuentro contingente del inconsciente real ?entendido como el agujero traumático de la no relación sexual[13]- sobre el cual podrá luego establecerse, por la repetición de la letra del síntoma ?lo que no cesa de repetirse del síntoma-, la articulación del inconsciente como discurso, es decir, como lazo social, que en sí mismo es un tratamiento del inconsciente real.[14]

Pero el sinthome en tanto tal, es cerrado sobre sí mismo, y por lo tanto no hace lazo social. Es el goce opaco que excluye el sentido y que hay que diferenciar del plus de gozar. El plus de gozar es lo que se produce por "esa esperanza llamada castración, que consiste en que una parte ?hay que subrayar esto- del goce autista se pierda y se encuentre como goce perdido en el Otro." [15]

Así, la brecha del síntoma sería aquella que, en tanto virtualidad abierta a la contingencia, surge del sinthome -como elemento absoluto también nacido de la contingencia- cuando pasa a articularse como necesidad que no cesará de repetirse y que podrá vestirse entonces con los ropajes del destino. Es el sinthome como aparato opaco de goce, el ser de sinthome del sujeto que no se reconoce en un objeto sino en un proceso, en un montaje, en una repetición.[16]

Pero de esa repetición ?que puede figurarse en ese parpadeo del que partimos- puede quedar ese resto, ese desperdicio exquisito, ese plus de gozar que es índice de la brecha abierta entre el síntoma y la pulsión, de la brecha misma surgida del devenir síntoma de la pulsión.[17]

Es la perspectiva misma del partenaire-síntoma que implica una oposición entre la dimensión cerrada del goce autoerótico y la dimensión del amor que se abre al Otro. Un amor ligado entonces a esa esperanza llamada castración, la esperanza de que el goce restaure al partenaire y obligue a buscar en el Otro su complemento necesario.

Puede entonces ocurrir que la contingencia de un encuentro haga surgir la ilusión de que la no relación sexual cesó de no escribirse haciendo creer ?en un momento dado- en la ilusión de la relación sexual bajo la forma del amor.

"De sus ojos ?escribe Dante- , según ella los mueva, brotan espíritus inflamados de amor, que hieren los ojos de quien la mira, y de tal manera lo atraviesan, que cada uno alcanza el corazón, veis Amor pintado en su rostro, allí donde nadie puede mirarla fijamente?" [18]

Una mirada, menos que nada (trois fois rien: une chose insignifiant, algo insignificante), un parpadeo ?un latido, una pulsación de los párpados (un battement de paupières)[19]- entonces, la brecha que allí se abre, el desperdicio (déchet: resto) exquisito que de eso resulta y he ahí, surgido el Otro?[20]

He ahí surgido ?para Dante- un lazo de amor indestructible hecho a partir de su cita con el plus de gozar, a partir de esa sustancia efímera y episódica que, en la fugacidad del encuentro, introdujo para él la eternidad.[21]

El amor sublime del poeta nos revela así la función del amor: la de proyectar el síntoma en el afuera.[22] Pero para que ello sea posible ?esta es mi hipótesis- es necesario que de la brecha del síntoma haya surgido lo que alguna vez Miller llamó "el arco iris del goce", es decir, ese semblante privilegiado que es el objeto a.

- Versión completa disponible también en: http://ea.eol.org.ar/04/es/template.asp?lecturas_online/textos/gorostiza_brecha.html
 - Intervención efectuada en la EOL durante la Tercera Noche Preparatoria ENAPaOL (7 de mayo de 2009).
7. Miller, Jacques-Alain, El Otro que no existe y sus comités de ética, Paidós, Argentina, 2005, pág. 381.
 8. Ibídem, pág. 382.
 9. Ibídem.
 10. Ibídem.
 11. Ibídem, pág. 383.
 12. Miller, Jacques-Alain, Cosas de finura en psicoanálisis, Curso de la Orientación Lacaniana del 10 de diciembre de 2008.
 13. Lo que abajo figuramos escribiendo sinthome en conexión con la doble barra, índice de la imposibilidad estricta que hay entre el lugar de la producción y el de la verdad, y que corresponde a lo ininterpretable de lo Urverdrängt.
 14. Ibídem n. 12, Curso del 26 de noviembre de 2008.
 15. Ibídem n. 7, pág. 416.
 16. Ibídem, n. 12, Curso del 4 de marzo de 2009.
 17. Miller, Jacques-Alain, El partenaire-síntoma, Paidós, Argentina, 2008, pág. 81.
 18. Alighieri, Dante, La vida nueva, Siruela, Madrid, 1985, pág. 47.
 19. La traducción castellana dice "parpadeo", pero para eso el francés dispone de otro término que Lacan decide no usar: *clignement*. Nos parece que la traducción "un latido o pulsación de los párpados"(a partir del Petit Robert) indica mejor la pulsación S1-S2 y lo que surge de su intervalo.
 20. Los cuatro términos del discurso aparecen aquí delineados: el parpadeo, la pulsación entre S1 y S2; el \$, designado por "ese menos que nada";

el *a* como plus de gozar, en ese "desperdicio exquisito" que indica con su "exquisitez" su articulación a la castración, el (-φ).

21. A partir de una intervención de Eric Laurent en el último Congreso de la EBP donde señaló que la "perversión" masculina es la tentativa de hacer existir la sustancia de La Mujer eternizando el meteorito del deseo, haciendo surgir la eternidad a partir de lo que es efímero o episódico, el plus de gozar. (Notas personales). En este sentido, el goce opaco del *sinthome*, su substancia gozante, no es efímera o episódica sino permanente, pero no eterna. Como síntoma dura lo que dura la existencia de cada *parlêtre*.
22. Miller, Jacques-Alain, en *La pareja y el amor*, Paidós, Argentina, 2003, pág. 20.

La puerta del cartel

Miquel Bassols

Sección: Formación de los analistas, política del psicoanálisis

"Que nadie entre aquí sin haber entrado en un cartel": podría ser un cartel para colgar en la puerta de la Escuela, al estilo de aquél que se leía al entrar en la Academia de Platón: "Que nadie entre sin saber geometría".

El cartel es el principio de la Escuela, la disciplina propuesta por Lacan para articular la actividad del grupo con el trabajo particular de cada uno: su experiencia de lectura e investigación, su recorrido en el saber a partir de lo que no sabe, su invención, también, cuando se da.

Si el título con el que se nombra el cartel (su tema) es común, el producto es particular de cada uno y se ofrece al control de la Escuela como un modo de hacer avanzar el psicoanálisis.

¿Así, de buenas a primeras, cualquier recién llegado puede hacer avanzar el psicoanálisis? Sí, esa es, de entrada, la apuesta de la Escuela cuando no se define como una "escuela de psicoanalistas y candidatos" sino de trabajadores, cuando no deja a quien se dirige a ella en la posición de pedigüeño a la espera de iniciarse en un saber supuesto, sino que hace de ese saber supuesto el principio de una transferencia de trabajo, cuando hace de otros saberes que no son los del psicoanálisis una razón para interrogar a éste.

El cartel es entonces, para cada uno, la primera implicación en la Escuela. Tiene una estructura que privilegia el efecto de serie sobre el del grupo analítico y nombra, así, el real en el que éste se funda. La lógica que Lacan le dio ?cuatro más uno- lo hace funcionar al estilo de un conjunto de Russell: el más uno debe encarnar la paradoja de dar coherencia al grupo y, a la vez, de descompletarlo, de restarse a lo haría en él unidad, ideal de saber; debe provocar la elaboración de saber para cada uno de sus miembros -¡el también es un miembro más!-, manteniendo la continuidad del grupo, y debe a la vez indicar su disolución cuando sea preciso; es así el testimonio de la inconsistencia del grupo, el operador que lo destina a una permutación con otros miembros de la Escuela en un tiempo previsto (cada año como mínimo, cada dos años como máximo).

El cartel tiene una historia en la enseñanza de Lacan. Pensando desde el principio como el "órgano base" de la Escuela, viene a ser su fenómeno elemental, la hoja que debe dar la estructura de la planta. En 1964, en el Acto de fundación de la EFP, Lacan habla ya de una "elaboración sostenida en un pequeño grupo", anticipación

de lo que será el cartel. En 1981 volverá a tomarlo como el "órgano base" de la nueva experiencia: cuatro escogen a un Más-Uno cuya función es de selección temática, de discusión y de dar una destinación al trabajo de cada uno.

Llama la atención que, en varios momentos, Lacan sitúe el cartel como forma de entrada en la Escuela. Alguien puede incluso ser admitido en ella en el momento en que participa en un cartel. No es condición "sine qua non", pero sí más que aconsejable: se trata de entrar por un trabajo, no por un atributo de ser. Por otra parte, se hace manifiesto así que el dispositivo del cartel es impensable fuera de la Escuela, que debe ser la destinataria del producto de cada uno.

¡Bonita forma de recibir a la gente! Uno llama a la puerta de la Escuela con la aldaba del "quiero ser?", otro con la del "quiero tener?" ? cada uno lleva una aldaba distinta en el bolsillo que hace particular su demanda- y la escuela responde con otra aldaba, esa igual para todos y cada uno: la aldaba del trabajo en un cartel, que llama al deseo de saber. Este deseo, conviene saberlo de entrada, no es obvio para el psicoanálisis: hay que exponerlo, ponerlo a prueba, cultivar sus impasses y someterlos a la crítica que otros puedan ejercer.

Es que, por lo que respecta al saber que más importa, la Escuela "no será nunca un lugar turístico?". El mecanismo de su puerta es el del sistema de "Pecci-Blount" (el del grabado de la página 8 del primer número de Uno por Uno), que sólo se abre para volver a cerrarse; además: "el único medio para que se entreabra es llamar desde el interior" (Escritos, pág. 817).

Y entonces ¿cómo entrar? Y? llamando desde el interior: desde el cartel.

Publicado en Uno por Uno #11

- Fuente digital: http://www.nel-mexico.org/template.php?file=carteles/miller cinco variaciones/bassols_puerta del cartel.html